



Hugo Rodríguez-Alcalá



Don Balbino y el forajido

El mar no estaba lejos, el indio acechaba cerca. El desierto de tierra lindaba con el de agua. Allí, en la tierra salvaje, empezó el pueblo. Don Balbino, como casi todos los habitantes, era ganadero. Los otros, -los más- los que tenían casa en el pueblo, sin vivir día tras día en él, eran forajidos. Sangre extremeña, sangre vasca, sangre mestiza, sangre originalmente brava y embravecida aún más por el desierto sin ley, la vida primitiva, el peligro del indio, y el ansia de riqueza rápida, corría por las venas de los pobladores. Don Balbino era tal vez el único señor de limpia prosapia y de conducta recta en aquel bastión entre los dos desiertos.

Amenazado por el malón que llegaba ululando como una tempestad, por el cuatrero que era también asaltante de los llamados caminos, y el contrabandista cómplice del cuatrero y no más humano que el indio, el pueblo fue creciendo poco a poco, con nombre indio y barbarie mestiza.

Alto, de barba cerrada, de duros ojos celestes y ademán altivo, Don Balbino, sin miedo y sin tacha, vestido siempre de levita y chistera en el poblado de pioneros y bandidos, era respetado.

Más de una vez se defendió victoriosamente a tiros, sin más ayuda que un mocetón vasco de valor probado, de ataques a su persona y a sus reses en la soledad de los campos fríos. [133]

Su casa, que ocupaba casi una manzana, no parecía edificada allí, con sus docenas de labrados balcones y sus amplios zaguanes de gradas de fino mármol y barandas de bronce, sino arrancada de una gran ciudad y colocada en el centro del pueblo. Tal era el talante de Don Balbino que según se decía tuvo esta respuesta para un poblador a quién consideraba amigo:

-Don Balbino, su casa es magnífica.

Don Balbino sonrió halagado; la casona era su orgullo.

-¿Quiere usted vendérmela por unos miles más de lo que le ha costado?

El propietario, por cortesía, respondió: -Mi casa es su casa.

Días después el de la pregunta visitó al prohombre:

-Vengo a comprarle lo que usted me dijo ser mío.

-El trato debe ahora formalizarse, Sr. Rosas -respondió Don Balbino. Pocas horas después se firmó la escritura y así se cumplió lo que había prometido en una fórmula de pura urbanidad que no pudo menos de reconocer como palabra de caballero.

Si esto no es tal cual me lo contaron, tiene validez sin embargo como revelación de un carácter. Prefiero atenerme a lo rigurosamente histórico: Don Balbino quería enviar a la capital una gruesa suma en libras esterlinas: dos pesados talegos de refulgentes monedas; enviarla con uno o más de sus hombres era un riesgo demasiado grande. Forajidos que infestaban los salvajes contornos estaban perfectamente bien enterados por espías de cuanto acontecía en el [134] pueblo. ¿Qué hacer? Don Balbino meditó durante varios días. Un miércoles de noche condescendió en recalar en la pulpería. Allí se bebía ginebra tras ginebra Benjamín Alonso, el más temible de los criminales del desierto, hombre gigantesco, corajudo y violento. Debía varias muertes; la Policía lo dejaba discretamente en paz.

-Señor Alonso, lo invito a tomar una copa en mi casa.

-Yo lo invito a usted a otra, pero aquí mismo.

-Gracias- respondió don Balbino secamente.- Lo que le voy a decir es para usted solo y nadie debe oír una palabra.

En la sala de recibo del caserón brillaban muchas luces desde el techo artesonado y había otras junto a muchas doradas consolas. Sobre una labrada mesa se veía una botella de coñac; junto a la botella dos panzudas copas.

Don Balbino, cerradas puertas y ventanas, escanció lentamente el licor.

-Usted, por su valor a toda prueba es el único que puede hacerme un gran servicio. Sólo en usted confío. Usted pondrá el precio.

En pocas palabras le manifestó cuál era el servicio.

-Son muchas leguas, don Balbino -contestó Benjamín Alonso sirviéndose más coñac.- Son muchas leguas y hay peligros- recalcó paladeando el licor y secándose los labios con el dorso peludo de la mano izquierda. [135]

-Yo he hecho esas leguas a caballo, varias veces, señor Alonso; usted es más joven que yo y podría hacerlas hoy mejor que nadie, y nadie se atreverá a cerrarle el paso.

Benjamín Alonso miró fijamente a don Balbino; vio que éste hablaba en serio, vio que hablaba de buena fe y vio que en él confiaba plenamente.

-Cuenta conmigo. Mañana mismo le llevo los talegos.

El dinero llegó intacto a su destino; Benjamín Alonso regresó a los ocho días con una carta y un recibo de los Anchorena.

-Hubo tiros a medio camino; pero todo salió bien.

-¿Cuánto le debo señor Alonso?

-Dos cosas que usted no ha de querer darme.

Y Benjamín Alonso miró socarronamente a don Balbino con una sonrisa entre siniestra y burlona.

Don Balbino se puso rígido bajo su levita negra, la diestra sobre el costado.

-Una copa de su coñac, y los gastos del viaje.

-¿Nada más?

-Nada más, señor Rodríguez.

Bebieron una copa; el pago fue hecho luego en monedas relucientes, y los dos hombres se despidieron inclinándose gravemente.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

